

Recibimiento Monseñor Carlos Oviedo Cavada como Gran Canciller de la
PUCCH.
Sala de Consejo Superior, mayo 3 de 1990.

Entre los más antiguos oficios universitarios, está el de Canciller. Ya a fines del siglo XII, aparece en París como el encargado de asegurar la relación entre la Jerarquía de la Iglesia y las Escuelas. A través de este oficio se establecía la vinculación entre la iglesia particular y la universidad correspondiente, dejándosele a ésta, intacta su forma de proyección universal a toda la cristiandad, que fue desde el comienzo la nota institucional distintiva de los llamados "studia generalia". Esta vieja tradición es la que traducida a nuestro tiempo se expresa en nuestros Estatutos Generales al enumerar las facultades del Gran Canciller.

Pero más allá de cualquier expresión jurídica, y como sustentándola y dándole su consistencia propia, está el hecho de que esta Universidad se sabe parte de la obra misionera de la Iglesia, y responsable de muy importantes aspectos en la evangelización de la cultura : la formación de profesionales y científicos; la presencia del pensamiento cristiano en el mundo de la ciencia y la cultura, la colaboración al desarrollo integral - desarrollo de todo el hombre y de todos los hombres - en nuestro país, son otros tantos terrenos en los que la universidad se siente llamada a colaborar para que, en las formas de pensar, en los criterios de juicio y en las normas de acción se haga manifiesta la luz del Evangelio, y para que en nuestro país el pensamiento cristiano alcance y mantenga una presencia pública y estable. De hecho la Universidad representa hoy uno de los más grandes aportes que los laicos chilenos pueden hacer a la tarea de la Nueva Evangelización convocada por la Iglesia.

El Arzobispo nos decía, antes de asumir su cargo, que quería ser acogido con espíritu de fe. Es con ese espíritu con el que queremos acogerlo y darle una filial bienvenida. Sabemos que la tarea que enfrentamos es difícil y exigente. No nos cuesta mucho ver que ella es casi inabordable si la medimos con criterios puramente humanos, y si comparamos nuestra condición tan frágil con la obra a realizar. Pero creemos y sabemos que Dios va suscitando apoyo y guía para los que quieren seguir en sus caminos. Y miramos en el Arzobispo y Gran Canciller un enviado del Buen Pastor, y en nuestra fidelidad a él, una fuente de fuerza en las dificultades y de acierto en las decisiones. Esperamos que él sienta como suya la tarea de esta universidad, para que pueda presentarla en todos los ambientes, especialmente dentro de la propia comunidad eclesial y del episcopado como la obra de Iglesia que ella es en verdad.

Monseñor Carlos Oviedo llega de nuevo a una institución que él conoce. Aquí fue profesor y decano. Antiguo miembro de nuestra Universidad, el Gran Canciller tiene motivos, incluso anteriores a su investidura, para sentirse aquí en su casa.

Es seguro que muchas cosas han cambiado, incluso en estas salas de la Dirección de la Universidad. Sin embargo, aquí sesionamos tratando de mantener el espíritu que no debe morir nunca en esta casa, rodeados por las efigies de Rectores ilustres, a algunos de los cuales el conoció bien. Enfrente de nosotros, hay un recuerdo distinto, una Pietá que nos fue obsequiada por Su Santidad el Papa, y que nos recuerda su visita a nuestros claustros. Esa visita, más que ningún otro hecho reciente, vino a retemplar nuestro ánimo en esta tarea colectiva de servir al Señor en la Iglesia Católica.

Monseñor Oviedo es un distinguido historiador, entendido especialmente en historia eclesiástica. A ese título, es un miembro de la comunidad académica nacional, y lo es en un terreno en el que estamos especialmente requeridos, ahora que se aproxima la celebración del V Centenario de la Evangelización del Continente, fecha que no tiene sólo ni principalmente un carácter de recuerdo, sino un fuerte acento de proyecto, en el sentido de que debemos recuperar la lección de ese pasado para construir un futuro que sea digno del hombre americano.

Monseñor Oviedo ha ejercido un largo y abnegado trabajo pastoral en otras diócesis. Desde aquí hemos seguido con atención y profunda simpatía su defensa tenaz de la naturaleza propia de la Universidad Católica del Norte. La firmeza demostrada en todo el curso de ese largo diferendo, nos asegura que nuestro derecho a ser tratados con respeto, y según la justicia y la verdad, por toda la comunidad nacional, encontrará en él un defensor constante.

En la persona del Gran Canciller se han reunido, a la diligencia abnegada del pastor de todo el pueblo fiel, las condiciones de intelectual, de universitario y de defensor de los derechos de la Iglesia en el terreno de la enseñanza superior. Nuestra Universidad siente que la alta tuición de ella que le corresponde como Gran Canciller, está confiada a quien podrá entender muy bien sus dificultades y compartir sus anhelos e inquietudes.

La Universidad que Su Excelencia encuentra es distinta, más grande, más compleja, tal vez más cargada de problemas y de fallas que la que Ud. conoció en otro tiempo, pero al mismo tiempo, ella realiza una más variada y profunda colaboración a las múltiples áreas del funcionamiento de nuestra sociedad, lo que la ha convertido en una institución indispensable para el desarrollo de la vida cultural del país. Capaz de una profunda devoción a su tarea, y sensible al llamado de la Iglesia, quiere expresarle hoy por mi intermedio, a Ud., como su Gran Canciller y Pastor de la Iglesia en Santiago, su más cordial y afectuosa acogida, y su decidida voluntad de cooperar en la tarea a la que el Señor lo ha llamado.